

Biblioteca-Films

Núm.
279

El Valle de Plata

25
CTS.



TOM MIX

DOROTHY
DWAN

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 279

EL VALLE DE PLATA

Adaptación en forma de novela de
la película del mismo nombre inter-
pretada por el famoso caballista

T O M M I X

.....
Exclusivas FOX-FILM

Valencia, 240 — BARCELONA
.....

REPARTO

Tom Tracy.....TOM MIX
Cecilia Blaine.....DOROTHY DWAN

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

En un rancho situado en las vastas llanuras del Arizona y adonde el ferrocarril no llegaba con su estrepitoso alarido, hallábase situado un rancho denominado "Cruz Barra". y en donde un buen número de hombres decididos y abnegados ganábanse su sustento en fraternal camaradería, cuidando del cuantioso ganado propiedad del rancho, y que se hallaba siempre al albur de los bandidos.

El día en que comienza nuestro relato era día de pago en el rancho de la "Cruz Barra". En torno a la cabaña del capataz hallábanse los vaqueros esperando a ser nombrados para recibir el devengado salario, y únicamente, Tom Tracy, joven muchacho que había adquirido la monomanía de la mecánica, faltaba en la hora señalada para el cobro.

—¡Tom Tracy!—gritó el capataz llamando. Pero ¡ca!, el muchacho, enfrascado en su invento, no daba señales de vida.

—¿Pero dónde estará ese genio mecánico?—exclamó nuevamente el capataz.

—¡Mírelo, mírelo allí—indicó uno de los vaqueros señalando la enorme campa que circundaba al rancho.

En efecto, el joven vaquero que anhelaba poseer un aparato volador que compitiese con el mismo "Non plus ultra", hallábase con su caballo junto a un aparato de su invención, un avión con todas las características de un automóvil, inclusive la de no poder volar.

El muchacho se afanaba por hacer funcionar el motor, que con sumo cuidado había mandado traer de Nueva York; pero, a pesar de cuantos esfuerzos hacía por ponerlo en marcha, el trasto aquel no funcionaba ni a tiros.

El, no obstante, no desesperaba; de la cola iba a las alas y de éstas a la hélice, examinando con sumo cuidado todos los detalles, y aunque no lograba averiguar por qué no funcionaba, estaba convencido de que en el momento menos pensado iba a ponerse a funcionar, dejando con la boca abierta a aquellos incrédulos compañeros que se reían de sus invenciones.

—Si funciona—le dijo a su caballo, hablándole familiarmente—, te voy a inventar un par de alas, Malacara.

El caballo pareció entenderlo, pues meneó tres o cuatro veces la cola en señal de aprobación.

Ya podía llamarlo el capataz para pagarle el producto de su salario. Se había empeñado en volar, y si no volaba, que esto era lo de menos, había de correr a una velocidad

muy superior a la alcanzada por Malacara, y eso que este noble animal era el rey de los caballos.

—¿Por qué no ha de funcionar este motor?—se preguntaba admirado.

Y cuando más atareado estaba en examinar la cola, el autoplano, ansioso quizá de demostrar al inventor que no había malgastado el tiempo, echó a andar rápidamente, dejando a Tom estupefacto, teniendo que correr tras él para evitar que sucediese una catástrofe.

El vaquero, montado en su caballo, persiguió al blanco pájaro, que había bautizado con el nombre de Tonny Segundo, y que, sin desplegar las alas, parecía mofarse de él. Lo alcanzó, se apeó de un salto, cogiéndose a la cola, pero con tan mala fortuna, que se le quedó en las manos.

No por eso dejó de correr el vehículo, sino todo lo contrario: arreció la marcha de manera tal que a duras penas Tom logró atraparlo por un ala, y así, cual si tratase de reducir a la obediencia a un toro colgándose del testuz, fué arrastrado largo tiempo, haciendo esfuerzos inauditos para detenerlo, sin conseguirlo; pues al afianzarse con los pies en el suelo comenzó a dar vueltas y más vueltas en tan reducido espacio que, a no saltar sobre él, hubiera caído mareado.

Por fin logró colocarse en lo que él llamaba cabina y, aferrándose al volante y tocan-

do todas las palancas y mandos que el aparato tenía, sin conseguir detenerlo, trató de enderezar el rumbo; pero estaba tan poco acostumbrado a conducir, que el vehículo, cual si fuera sin gobierno, comenzó a arrollarlo todo, desde la empalizada, que servía para que el ganado no escapara, hasta la misma cabaña en donde el capataz y los demás vaqueros, asombrados del cariz que tomaba el espectáculo que en el primer momento les divertía, observaban y reían de los esfuerzos que Tom hacía para detener el vehículo.

Tras mucho rodar sin conseguir detenerlo, el *autoplano* enfiló la cabaña y pasó tan cerca de ella, que, a no ser por un rápido movimiento del volante, hubiese pasado por medio. Escapó la cabaña del desastre, pero no así la cuadra donde se cobijaba parte del ganado, que al ver que se introducía en sus dominios un demonio rugiente, escapó alarmada mientras Tom, sin poderlo remediar, horadaba el endeble edificio, que al choque se hundió completamente.

El dueño del rancho clamaba a los cielos angustiado. ¿Qué iba a ser de él si aquel aparato continuaba su obra destructora?

El inventor, aferrado al volante para mantenerlo en una sola dirección, logró llegar a la carretera y por ella continuó su marcha, sin lograr detenerlo; pero con tan mala fortuna, que apenas había recorrido un cente-

nar de metros cuando vió llegar por dirección contraria un automóvil verdadero, conducido por una mujer, y... ¡zás!, topó con él, quedando, por fin, parado.

El automóvil era propiedad de Cecilia Blaine, joven escritora que por vez primera visitaba el Oeste en busca de emociones e impresiones que relatar en su próximo libro. Al verse abordada de modo tan inesperado, exclamó enojada:

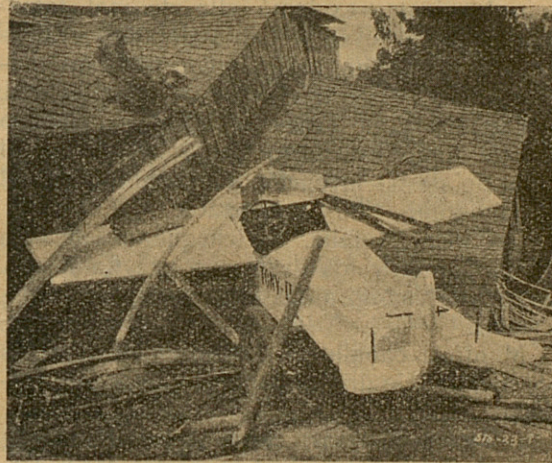
—¡Eh, rufián inculto! ¿Cree usted, acaso, que soy un hangar?

Tom Tracy se la quedó mirando un instante y, al observarla verdaderamente enfadada, echó a reír al propio tiempo que saltaba del aparato.

—Si usted es un vaquero típico—agregó la joven—, que Dios tenga piedad de las vacas.

El muchacho se detuvo ante ella y, a pesar del despecho con que le miraba, se quedó admirándola. Era la joven muy bonita, morena, de perfil perfecto y ojos reidores, que desdecían de su actitud y de su seriedad. Vestida elegantemente, denotaba buen gusto, al propio tiempo que evidenciaba a la mujer acostumbrada a vivir dentro de la buena sociedad.

El muchacho, que aunque no había visitado grandes urbes, no se le escapan ciertos detalles, le causó muy buena impresión la



Tom sin poderlo remediar, horadaba el endeble edificio

desconocida y, dispuesto a que rabiase, le dijo:

—No se enoje usted, señorita; si yo fuera Lindbergh, con toda seguridad que no le haré capataz con estas palabras:

—Queda usted despedido.

—Hombre, verá usted...—trató de explicarse Tom.

—No admito explicaciones. Lárguese de aquí con viento fresco.

—¿Por qué no se queda usted con el cheque producto de mi salario por los perjuicios bría desagradado que le hubiese roto el auto.

—Insolente—exclamó ella de mal talante—; pero el joven se había alejado ya mientras la muchacha, cargada con todo su equipaje, fué a esperar el paso de la diligencia.

Cuando Tom Tracy se acercó al rancho donde tanto estropicio había hecho con el aparato de su invención fué recibido por el y daños que le he ocasionado?

—Cállese, infeliz. Su cheque no alcanza ni para cubrir los destrozos que ha hecho. Márchese cuanto antes y no me apure la paciencia.

Montó a caballo el-despedido, pero antes de alejarse, le dijo al capataz con acento irónico:

—Te va a pesar. chivo viejo. Dentro de poco te enviaré una tarjeta postal desde París.

Entre tanto, Cecilia Blaine, la escritora que a consecuencia del choque con el *autoplano* del vaquero había perdido el automóvil, se dirigía en la diligencia hacia La Sufrida, al lado del mayoral, que en vez de riendas empuñaba el volante de un Ford convertido en coche de transportes. Cecilia, de vez en cuando, preguntaba al conductor, un viejo socarrón de buena traza, detalles sobre el lugar por que pasaban, el nombre del rancho que se advertía en lontananza, pequeñas cosas que para ella tenían gran valor. Pastando en un campo gigantesco había una vacada grandísima y ella se quedó contemplándolo.

El aire arreciaba un poquito en aquel momento y como iba en el pescante y éste estaba situado en la parte alta de la diligencia, dejaba al descubierto unas pantorrillas lindísimas que la caricia del viento descubría más de lo preciso.

Ella le dijo al mayoral chófer, admirando a las vacas:

—Qué hermosas, ¿verdad?— Y el chófer, que era un lince y no apartaba los ojos de las pantorrillas de la viajera, contestó, sonriendo maliciosamente:

—Muy hermosas...

—¡Y bien formadas! ¿No le parece a usted?

—¡Admirablemente! Son de lo más bonito que he visto.

—¡Qué agradables son estas cosas!...

—Tan agradables—dijo con picardía el conductor—, que dan ganas de acariciarlas.

Cecilia se le quedó mirando. ¿Se estaría burlando de ella? Pero el mayoral había comprendido que no debía extralimitarse en las palabras si no quería perderlo todo; se conformó con mirar de reojo la línea perfecta de las piernas ondulantes.

Tom Tracy fué poco a poco ganando terreno a la diligencia, hasta que se situó a su lado. Saludó sonriendo, pero muy cortésmente a la linda forastera, y al ver que ésta le volvía la cabeza evitando su saludo, picó es-

puela satisfecho, alejándose pronto por la carretera.

En un recodo vió un letrero y se acercó a leerlo:

"Falta Sherif. Presentarse a Warhs Taylor. Comisionado."

—Bueno, Malacara; no tenemos trabajo y hay que trabajar—le dijo al caballo, tomando una decisión—. ¿Qué te parece si aspirase a la plaza? ¿Sería yo buen Sherif? Mira: si consigo el nombramiento te haré a ti mi delegado—. Y, sin pensarlo más, se dirigió hacia La Sufrida para solicitar el empleo.

Mientras tanto, la diligencia, con tardo paso, su camino, y Cecilia Blaine seguía preguntando al mayoral:

—Ese es un volcán. Se supone extinguido, pero de vez en cuando da señales de vida.

—¡Qué horror! Debe ser terrible—exclamó ella.

—Así lo creo porque, en realidad, no lo he visto erupcionar nunca.

De pronto, se detuvo la diligencia, observando Cecilia, llena de congoja, que el depósito de gasolina señalaba el "vacío".

—¿Y qué vamos a hacer ahora?—preguntó malhumorada:

—Toma, pues ir a pie—exclamó el conductor con cachaza.

—¿Qué distancia hay de aquí a La Sufrida?

—Eso depende de lo buena andadora que sea usted. Realmente, soy caritativo al decirle que hay unos quince kilómetros.

Cecilia, cargando con las maletas y sombrereras, echó a andar decidida, seguida por dos ingleses, es decir, un inglés y una inglesa ridícula, que ocupaban antes asiento en el carruaje.

—Si no están cansados cuando lleguen allá—les dijo con tono de guasa el chófer—traiganme un poco de gasolina.

II

Tom Tracy, caballero en Malacara, llegó a La Sufrida, pequeña población elevada en el corazón de la pradera, y que, a decir de la gente, venía sufriendolo todo: desde un sol calcinante que hacía hervir la sangre en las venas hasta una partida de malhechores, que se habían enseñorado del pueblo.

El muchacho llegó hasta la puerta de Whas Taylor, donde había otro anuncio solicitando Sherif, y, desmontando, entró decidido en el interior de la vivienda.

Dos individuos que parecían descansar, y que no dieron ninguna importancia al recién llegado, hallábanse sentados tranquilamente y no salieron de su actitud hasta que Tom les dijo:

—Muchachos, denme un vistazo; soy el nuevo Sheriff.

Como si hubieran recibido un alfilerazo, se levantaron los dos hombres. ¿Podía ser posible? ¿Había alguien que se atreviese a ocupar el cargo? Le miraron atentamente y Whas Taylor, que era uno de ellos, le dijo:

—Usted debe estar cansado de la vida, ¿verdad, joven?

—No, señor, que me encuentro muy a gusto dentro de mi pellejo—exclamó el muchacho, sin conceder ninguna importancia a las palabras del buen hombre.

—¿Pero ignora usted que los Sherifs en este pueblo, tan pronto como los designamos desaparecen? Todavía no hemos hallado ni rastro de los tres últimos.

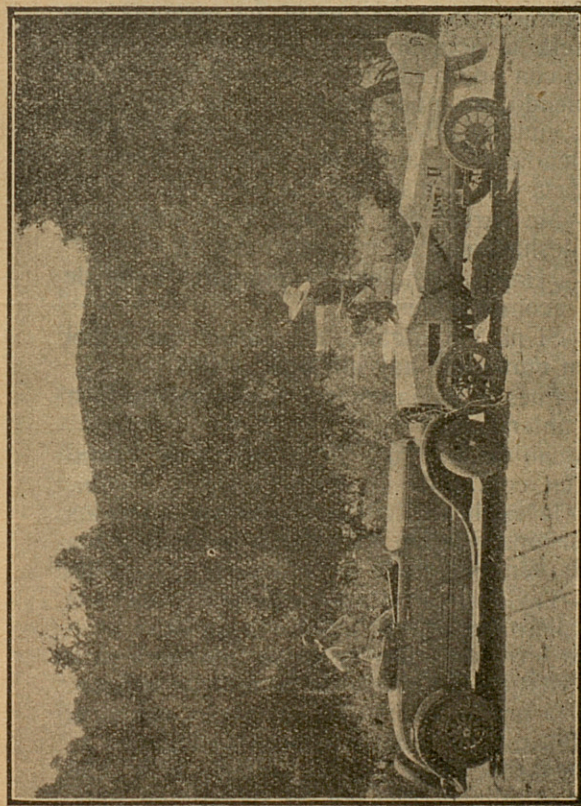
—Y¡ qué me importa a mí! Si no volvieron será porque o no pudieron o no les vino continuar actuando.

—¡Pobre de usted! Si aceptásemos sus servicios, seguro estoy de que sería el primero en arrepentirse.

—¡Yo!—exclamó el mozo despectivamente—. Jamás me arrepiento de mis decisiones. Una vez tomo una determinación, no hay hombre capaz de hacerme desistir de ella.

Taylor, que se hallaba muy acostumbrado a oír alardes semejantes de valor por parte de los pretendientes a Sherifs, no se sorprendió, pero, no obstante, hablaba el muchacho con tal seriedad, que quedó muy bien impresionado.

Taylor comenzó a explicarle la misteriosa



— Insolente exclamó ella

desaparición de los Sherifs que le habían precedido para ver si le impresionaba, pero Tom le oía con perfecta impasibilidad.

Entre tanto, Kurt Lundy, un malvado que ejercía su dominio en la Sufrida, encubriéndolo con una máscara de suavidad, hallábase bebiendo, acompañado de dos de sus secuaces, cuando advirtió la presencia del nuevo pretendiente a autoridad detenido frente a la casa del comisionado de buscarlo.

—Me parece que vamos a tener necesidad de deshacernos de un nuevo Sherif.

—¿Hay pretendiente?—preguntó unos de sus acompañantes.

—Si no me engaño, me parece que aquel buen mozo que hay allí opta a ello.

—Pues le enviaremos a hacer compañía a los anteriores.

Ajeno estaba Tom de lo que ya se tramaba en contra de él. Escuchando a Taylor, que le explicaba cómo fueron raptados los anteriores Sherifs, se hallaba sentado cerca de la ventana desde la cual se veía la calle.

—Tuvimos—le decía—a Slim Snitzer, ese caballero que puede usted ver en el retrato. Pues bien; ese buen mozo no fué Sherif sino del viernes al sábado de la misma semana. Por la noche sorprendió un robo y no logró capturar a los ladrones, que en venganza se lo llevaron y no lo han soltado más. Ese otro es Miguel McCool, el sucesor de Snitzer. No iba mal en su cargo, pero un día

sorprendió a unos discípulos de Caco comiéndolo una fechoría, con tan mala fortuna para él, que no hemos vuelto a verle el pelo. El último fué Hay Fener Haukins, el "Romadizo"; éste se ha debido morir a fuerza e estornuar.

De ninguno de los tres hemos vuelto a saber nada, y le advierto que del último, sobre todo, si estuviera vivo tendríamos noticias. Cuando estornudaba, y solía hacerlo muy a menudo, le oían hasta los antípodas.

Una gritería que se producía en la calle hizo asomarse a nuestro hombre a la ventana.

En mitad de la plazoleta dos individuos entreteníanse en querellar, dándose puñetazos, por lo que un innúmero de gente, atraída por la pelea, los cercaba, animándoles a gritos.

Tom, dispuesto a mostrar a Taylor que su valor se hallaba a toda prueba, tomó dos esposas de la sala y con ellas se dejó ir por un alambre que iba de parte a parte de la plaza, cayendo de improviso en el centro del corro, haciendo rodar a los contendientes por el suelo, que, al levantarse se vieron amañillados.

—Ese es el tipo de Sherif que necesitamos—exclamó Taylor, admirado al contemplar la hazaña—. Y, tomando una caja, que se puso bajo el brazo, bajó a la calle.

Tom, que ya tenía sujetos a los alteradores del orden, lo vio llegar hacia él.

—¿Qué le ha parecido?

—Admirable. El puerto es suyo, paisano. Escoja la placa—le contestó abriendo la caja.

Tom Tracy se quedó mirando un momento el contenido de la caja; tomó una de las placas, luego otra y, mirando a Taylor, le dijo:

—Pero oiga, amigo: ¿éstas son placas de Sherif o bocas de regadera?

—Son balazos que recibieron los héroes que las llevaron.

—Pues quedarían como una criba—. Y luego añadió: —¿Y con éstos qué hago?

—Aquí tiene la llave de la cárcel. Déjela bajo la esterilla de la puerta cuando salga.

Tomó la llave de la cárcel el nuevo Sherif y condujo a los combatientes de la plaza a ella; pero mientras él cumplía con su obligación, dejando entre rejas a los alteradores del orden de La Sufrida, Hurt Lundy, el malvado que bajo un aspecto de honradez encubría su verdadera personalidad, hablaba con sus satélites en estos términos:

—Primero sacaremos a nuestros compañeros de la cárcel, y, después, nos desharemos del nuevo Sherif.

—¿Y qué haremos con él?—preguntó uno.

—Lo que con los otros—aclaró Lundy con expresión siniestra.

Tom Tracy, una vez hubo encerrado en el calabozo a los dos prisioneros, se sentó en su despacho en actitud meditativa. Con él, en el otro extremo, se hallaba el viejo ayudante de la primera autoridad de La Sufrida; pero era tan viejo el pobre, que los párpados se le cerraban apenas se hallaba en reposo.

Taylor, deseoso de averiguar si el nuevo Sherif sabía cumplir con su obligación, se dirigió a la cárcel con recato y, abriendo la puerta sigilosamente, penetró de puntillas para ver si lograba sorprenderlo en descuido.

Su asombro fué grande cuando vio al muchacho sentado de espaldas a la puerta y en actitud de dormir.

—Ya ves—dijo a su compañero—; apenas hace una hora que ocupa el cargo y ya está dormido.

Pero Tom no dormía. Con el sombrero quitado, tenía en el fondo de él un espejo, con el cual observaba todos los movimientos de los que habían entrado, y cuando éstos intentaron avanzar para sorprenderlos, una detonación los dejó en suspenso.

—¡Alto, amigos!—exclamó el Sherif, volviéndose de improviso y empuñando un revólver—. A Tom Tracy no se le sorprende tan fácilmente.

—Perdón, perdón. No se precipite; venimos en son de paz.

—Más vale así, y tened en cuenta que conmigo es peligroso jugar. ¿Estamos?

—Conformes, conformes; pero retire usted ese revólver—. Y como Tom lo dejara, continuó: —Hemos venido a enterarle a usted de ciertas cosas que, al ser forastero, desconoce. En este pueblo hay que obrar con mano dura; está muy atrasado en muchas cosas y, por ejemplo, ni siquiera han oído hablar de la ley seca. En la taberna debe usted dar una batida porque allí suele reunirse gente maleante.

—Pues voy allí al instante.

Llegó a oídos de Landy el propósito del nuevo Sherif y, dirigiéndose a la taberna con humos de café, les ordenó a los de su cuadrilla:

—Cuando venga, denle una fiesta de recepción bien amenizada, porque debe ser la de despedida. ¿Entendidos?

Pero Tom no era un temerario. Sabía obrar con cautela; así que, antes de entrar en el establecimiento, tomó posiciones. Colocó en la puerta, y de través, un banco y entró en el recinto por la que no era entrada.

Lundy, que lo había visto, dijo a sus compañeros:

—¡Prepararse, muchachos! ¡Por aquí viene... Y por allí debe salir, ¿eh?

El Sherif hizo su aparición y, saludando cortésmente, pronunció:

—Señores, esto me duele a mí más que a

ustedes, pero el deber me obliga a decirles que tienen que cerrar. Es este mi primer acto oficial y estoy seguro que ustedes quieren que yo esté a bien con todo el mundo.

Los bandidos, en vez de contestar, requirieron sus revólveres; pero el Sherif, atento a todo evento y más rápido que ellos, lo extrajo con rapidez y disparó sobre la lámpara, que, al romperse, dejó a oscuras la sala, al propio tiempo que abría la puerta como indicando que había huído.

Los bandidos, en tropel, se precipitaron de través hizo su oficio, derribando a todos ellos, mientras Tom, encaramado a un árbol, reía satisfecho.

Lundy, malhumorado por el fracaso, dijo a los bandidos:

—Esperen hasta que regrese a la cárcel y entonces atraparlo—. Pero el Sherif había oído todo lo hablado y no se apuraba. Cuando se hubieron ido, saltó de su escondite, pero con tan mala fortuna, que fué a dar contra un cuerpo blando que en aquel momento pasaba bajo el árbol. Tratábase de Cecilia Blaine, la novelista de que antes hablamos, que tras cuatro horas de caminar incesante, cargada con sus maletas, llegaba, por fin, a La Sufrida. Fué tan fuerte el golpe que ambos rodaron por tierra, y cuando ella reconoció en él al vaquero que le había estropeado el automóvil, exclamó malhumorada.

—¿Usted otra vez? ¿A qué distancia hay que alejarse en esta comarca para dejar de ver hombre tan mal educado y rostro tan antipático? ¡Vaya una manera de tratar a la gente!

—Señorita—pronunció el joven sonriendo—, las circunstancias...

—Calle, calle, que no hay disculpa. Brutos como usted son los que dan mala fama al Oeste—. Y, levantándose con rapidez, tomó su equipaje y se fué en dirección del hotel, donde se hospedaba el malvado Lundy.

III

Cecilia se hospedaba en el hotel y, cuando apenas acababa de firmar, oyó un estrépito enorme de tiros que llegaba de la calle, y es que el nuevo Sherif, dispuesto a jugar una mala partida a los bandoleros, a los hombres de Lundy, y sin gastar una bala, había tomado del escaparate de una tienda todos los cohetes y bombas que en él había y se los había llevado a la cárcel, que se hallaba situada frente al hotel.

Los bandidos se precipitaron sobre ella apenas le vieron llegar, disparando tiros a diestro y siniestro; pero el muchacho, prendiendo mecha a los cohetes en la pipa de su ayudante, comenzó a enviárselos a los sitiadores, que, sorprendidos del estruendo, no

daban pie con bola, como quien dice. La lucha duró unos momentos, pero, al fin, los bandidos, ensordecidos por el estruendo y medio asfixiados con el olor a pólvora, abandonaron la empresa atemorizados.

Cecilia, que observaba el espectáculo, dijo a Lundy con entusiasmo:

—¡Bravo, muy bien! Esto me servirá para un magnífico capítulo de mi próxima novela del Oeste.

—Encontrará usted motivos más bellos y mucho más emocionantes si toma usted mañana la diligencia para Bodie. Allí encontrará usted, con toda seguridad, más sensaciones.

—Muchísimas gracias por la advertencia, señor Lundy. No faltaré.

Cecilia se fué a sus habitaciones; los últimos acontecimientos habían despertado su vena novelística y quería escribir un capítulo, mientras Lundy, a todo galope, se dirigió al campo, donde un avión misterioso aterrizaba a menudo en el Valle del Plata con inexplicables encargos para él.

—Quédate por aquí escondido—le dijo al aviador—. Quizás me tenga que fugar de pronto. El nuevo Sherif me puede haber descubierto. Di a los muchachos que se reúnan conmigo a las nueve de la mañana, cerca del árbol grande, en el camino de Bodie.

Pero los amigos del Sherif no descansaban. Taylor se fué a la cárcel y le advirtió:

—Acabo de ver que la banda de Lundy va a asaltar mañana la diligencia para apoderarse del cargamento de oro.

—¿De verdad?

—Así me han asegurado.

—Pues entonces, lo mejor será barrer la cárcel—. Y como Taylor se extrañase, explicó: —Así, los señores bandidos no podrán quejarse de que esté sucio el alojamiento.

—¿Piensa detenerlos?—exclamó Taylor con asombro.

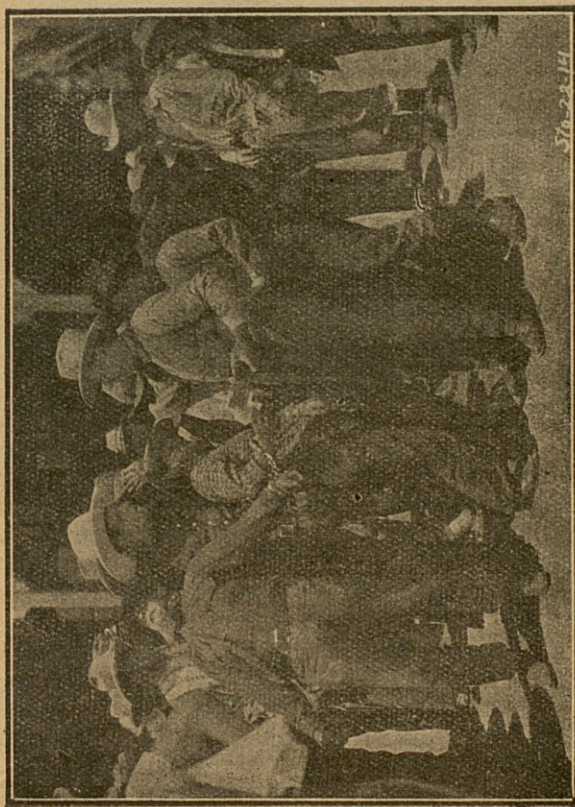
—¡Natural! ¿No soy, acaso, el Sherif? Supongo que esa es mi obligación—. Y sin dar importancia, continuó barriendo.

El hotelero había dicho a Cecilia Blaine: "Si usted está escribiendo un capítulo acerca de los hombres malos del Oeste, en la oficina del Sherif encontrará buen material para ello. Y la muchacha, ni corta ni perezosa, se personó en la cárcel en el momento en que Tom, dentro del calabozo, barría el suelo. La muchacha se quedó asombrada.

—¡Bien sabía yo que pararía aquí! ¿De qué crimen se le acusa?—preguntó al ayudante.

—¿A quién?—preguntó éste, sorprendido—. Pero Tom, que había advertido la presencia de la joven y adivinado su equívoco en las palabras, hizo señas al viejo para que callase.

—He estado en mejores cárceles que ésta y he visto Sherifs más listos que usted, ami-



— ¿Que les ha parecido?

go—exclamó, no diciendo la verdad a la muchacha y complaciéndose en aquel momento en pasar por malhechor.

El buen viejo, que había comprendido y que no podía contener la risa, le aseguró a la muchacha:

—Mal hombre ese señorito. Está aquí por saltador de caminos y por hacer burla al Sherif. Le ruego que no se le acerque mucho porque es peligroso con las mujeres.

—Quisiera entrevistarme con él para un capítulo de malhechores...

—Bueno, pero tenga cuidado.

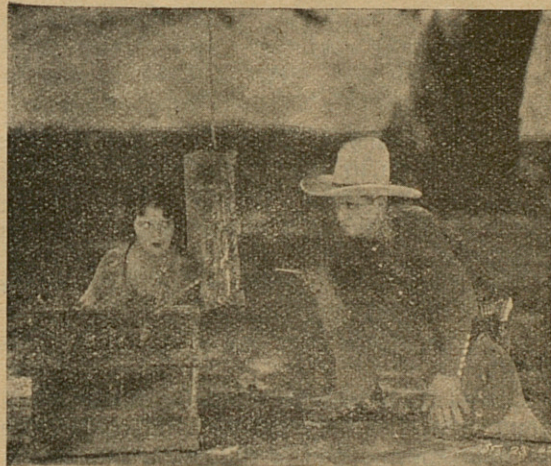
La joven se acercó a la reja y le preguntó qué mala acción había cometido para verse prisionero.

—Pues verá usted, señorita: Una vez maté a diez hombres de una cuadrilla con mis propios puños y sin necesidad de un solo tiro; después les arranqué el cráneo con las espuelas y los colgué de un árbol. Soy un verdadero criminal, se lo aseguro. Pero no tengo yo la culpa. Jamás me ha favorecido la suerte y soy huérfano y nunca he recibido ni una sola carta de mis padres...

La muchacha se conmovió y el viejo ayudante se reía a sus espaldas a mandíbula batiente.

—Siento haber despertado esos recuerdos. Intercederé cerca del gobernador para que le perdone.

—¡Bah!, no se preocupe. Las mujeres no



—¡Usted otra vez!

merecen la pena y no quiero deberle a usted favor alguno.

—¡Ah, sí! Pues como es usted tan agradecido, mañana iré a Bodie a rogar al gobernador que no le saque a usted jamás de la cárcel.

Se fué la muchacha enfadadísima, quedándose Tom riendo alegremente.

IV

Al día siguiente, cuando la diligencia se disponía a partir para Bodie, Cecilia se fué hacia ella, dispuesta a ocupar asiento. El mayoral le advirtió que aquel día no llevaba pasajeros.

—Pero el señor Lundy me dijo que fuera en esta diligencia a Bodie.

—Sí, pero otro día; hoy no puede ser, señorita.

Cecilia no desesperó y cuando más descuidado estuvo el mayoral se metió dentro de un baúl enorme que la diligencia llevaba en la trasera en el momento que el Sherif y Taylor salían de la oficina.

—Pondremos la caja de oro en el baúl y yo iré delante a caballo.

Y, abriendo el baúl, tiró la caja, que fué a dar en la espalda de la joven, que apenas pudo reprimir un grito de dolor.

Lundy tenía dispuesta la acción para apoderarse de la caja, pero el Sherif, apenas habían recorrido tres millas, descubrió a los bandidos y se puso a galopar, adelantándose a la diligencia mientras el conductor aceleraba la velocidad para escapar al asalto.

Fué un correr fantástico, pero como el veloz Malacara poseía la agilidad del viento, Tom tuvo tiempo de llegar al árbol grande.

colocarse encima y atrapar con el lazo el baúl, que lo elevó con rapidez mientras la diligencia pasaba como una flecha. Poco después pasaron los bandidos, que no se habían apercibido de la estratagema, quedando confusos cuando, alcanzada la diligencia, advirtieron que faltaba el baúl.

Tom lo dejó en el suelo y apenas la muchacha pudo levantar la tapa, lo hizo, quedando oculta por ella a los ojos del Sherif. Este, asombrado, requirió el revólver, se acercó con cautela y cuál no sería el asombro de Cecilia al encontrarse otra vez frente al terrible *malhechor*, y esta vez en completa libertad.

—¡Usted otra vez! Algo me decía a mí que no debía salir de La Sufrida.

—Sí... yo mismo se lo dije. Recuerde usted.

—Tan pronto como salga de este apuro no volveré a dirigirle la palabra en toda mi vida.

Lundy, que con desesperación vió frustrados sus planes, se acercó a la pareja y, dirigiéndose a ella, le dijo:

—¿Me permite ayudarla? El nuevo Sherif no conoce muy bien esta región y si usted me lo permite la conduciré a La Sufrida.

—Sí, lléveme al hotel cuanto antes.

Tom, que había oído el diálogo, exclamó:

—Que el cielo la acompañe, señorita. Con ese hombre va usted bien guardada y, pi-

cando espuela, se dirigió a Bodie con el cargamento.

Lundy le dijo a la muchacha cuando se hubieron quedado solos.

—Siento que la mañana haya sido tan sosa. Pero le aseguro que si quiere usted venir conmigo, mañana la llevaré al famoso volcán, donde, con toda seguridad, podrá usted tomar muchos datos.

—Encantada, señor Lundy, y agradecida a sus atenciones. Mañana iremos.

V

Al siguiente día, bajo la caricia de un sol riente que brindaba al paseo, Lundy y Cecilia se dirigieron hacia el Volcán, extinto, según los hombres de ciencia, pero no para los comarcanos pueblerinos, siempre alarmados con sus señales de vida. Lundy, al llevarla hacia allí, había forjado un plan maquiavélico y se disponía a llevarlo a cabo con la calma del hombre que no reconoce otra ley que su voluntad y que siempre ha satisfecho sus menores caprichos; pero Tom Tracy, el valiente Sherif, siempre dispuesto a la defensa del débil y menesteroso, no se había dormido en blando lecho.

Suponiendo los designios del malvado, se dirigió también hacia el Volcán, de cuyo cráter, al parecer, densa humarada se elevaba

hacia las alturas. Pero no era del cráter de donde brotaba el humo, sino de una hoguera que los Sherifs anteriores a Tom Tracy, y que Taylor creía muertos, se entretenían en alimentar arrojando continuamente enormes trozos de leña, y que tenía amedrentados a los pobladores de La Sufrida.

El Volcán era donde Lundy y su cuadrilla tenían sentados sus reales y por eso los *valerosos* representantes de la autoridad de La Sufrida, aherrojados por los secuaces del malvado, hallábanse ejerciendo tan bajos menesteres como era hacer *de coco*.

Apenas penetraron por una gran hendidura, que era la entrada a la guarida, Lundy dijo a uno de los suyos:

—Apoderaos de la muchacha y llevádmela a la cabaña. La retendremos como rehén hasta que nos envíen dinero.

Pero Tom, cabalgando con Malacara, les seguía los pasos. Apenas se aproximó a las inmediaciones del cráter, el fuerte olor a madera quemada le llamó la atención.

—¡Humo de leña saliendo de un volcán!... Malacara, no me huele bien esto. Vamos a echarle una ojeada.

Lundy, entre tanto, le decía a la muchacha, que ya comenzaba a desconfiar de él:

—Le prometí algo sensacional para su libro y voy a demostrarle que tenía razón; ahora, que no sé si usted será capaz de publicarlo.

—¿Qué es lo que pretende? —preguntó ella, alarmada al contemplar la expresión del canalla.

—¡Qué he de pretender, mujer! Es usted demasiado bonita para resistir al capricho.

—¿Y será usted tan cobarde?... —Y como él tratara de besarla, huyó atemorizada.

—No trate de escaparse porque es inútil. Será usted mía, aunque no quiera... ¿No buscaba usted emociones?

Pero la muchacha, tras una lucha cruenta, logró escapar corriendo por el abrupto terreno. Lundy la siguió de cerca, sin poder alcanzarla y, por fin, volvió a la caseta.

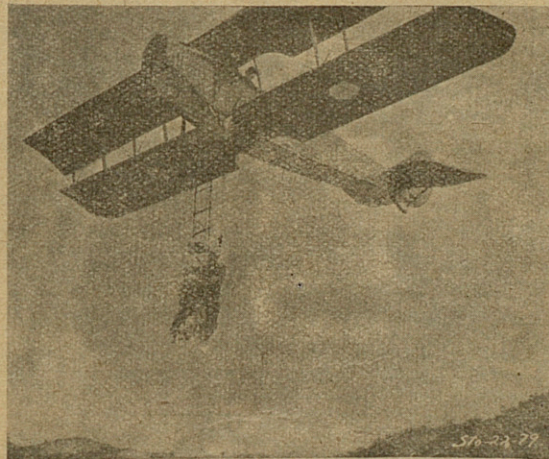
Tom, que había descubierto el origen del fuego y vio a los tres Sheriffs anteriores a él, después de ponerse al habla con el "Romadizo", que aún no había conseguido dejar de estornudar, quedaron conformes en que mientras él salvaba a la muchacha el "Romadizo" se apoderaría del avión.

—¿Sabe usted conducir un avión?

—¡Seguro!—repuso éste—. Volé en un avión peor que ese durante la guerra.

—Pues suba usted a él y vuele bajo, esperando mi señal.

Acto seguido, se dirigió a la cabaña donde Lundy esperaba ver comparecer de un momento a otro a la muchacha, y cayó sobre él como una tromba, entablándose una lucha a puño limpio, y de la que, tras breves momentos, salió vencedor Tom, dejando a su



—Gracias Sheriff

contrincante sin sentido. Después, partió veloz en pos de la muchacha, que huía a caballo, en persecución de los ladrones, y subiéndolo en el aparato, que tripulaba el "Romadizo", le dijo:

—Vuela más bajo y suelta la escala. He de cogerla y subirla antes de que la alcancen los secuaces de Lundy.

El avión descendió, pasando casi sobre la cabeza de Cecilia. Tom, en el extremo de la escala, esperaba el momento oportuno, así es que cuando volvió a pasar, con brazo vigoroso y valor notorio, la tomó por el talle,

arrancándole de la silla en el instante en que los bandidos iban a apoderarse de ella.

La mucahcha dió un grito. Tom la sostuvo con fuerza y el "Romadizo" estornudó de tal manera, que hizo balancear el aparato.

—Gracias, Sherif. Muy agradecida.

—¿Qué le parece este criminal?—le preguntó Tom.

—Encantador. El hombre más valiente que he conocido.

—¡Cecilia! ¿Y si la dijese que desde que la vi la amo?

—Lo creería, porque a mí me sucedió otro tanto.

Y, a pesar del viento, los labios de nuestros héroes se unieron en amoroso beso.

F I N

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Ap. rt.º 707 Barcelona

48
LECTURA PARA TODOS

4 NOVELAS
TITULOS
EXITOS !!

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAMORA

LA CARABINA

SANCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALAN

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio: PORTADA A TODO COLOR
25 cts. 32 PAGIN S DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona